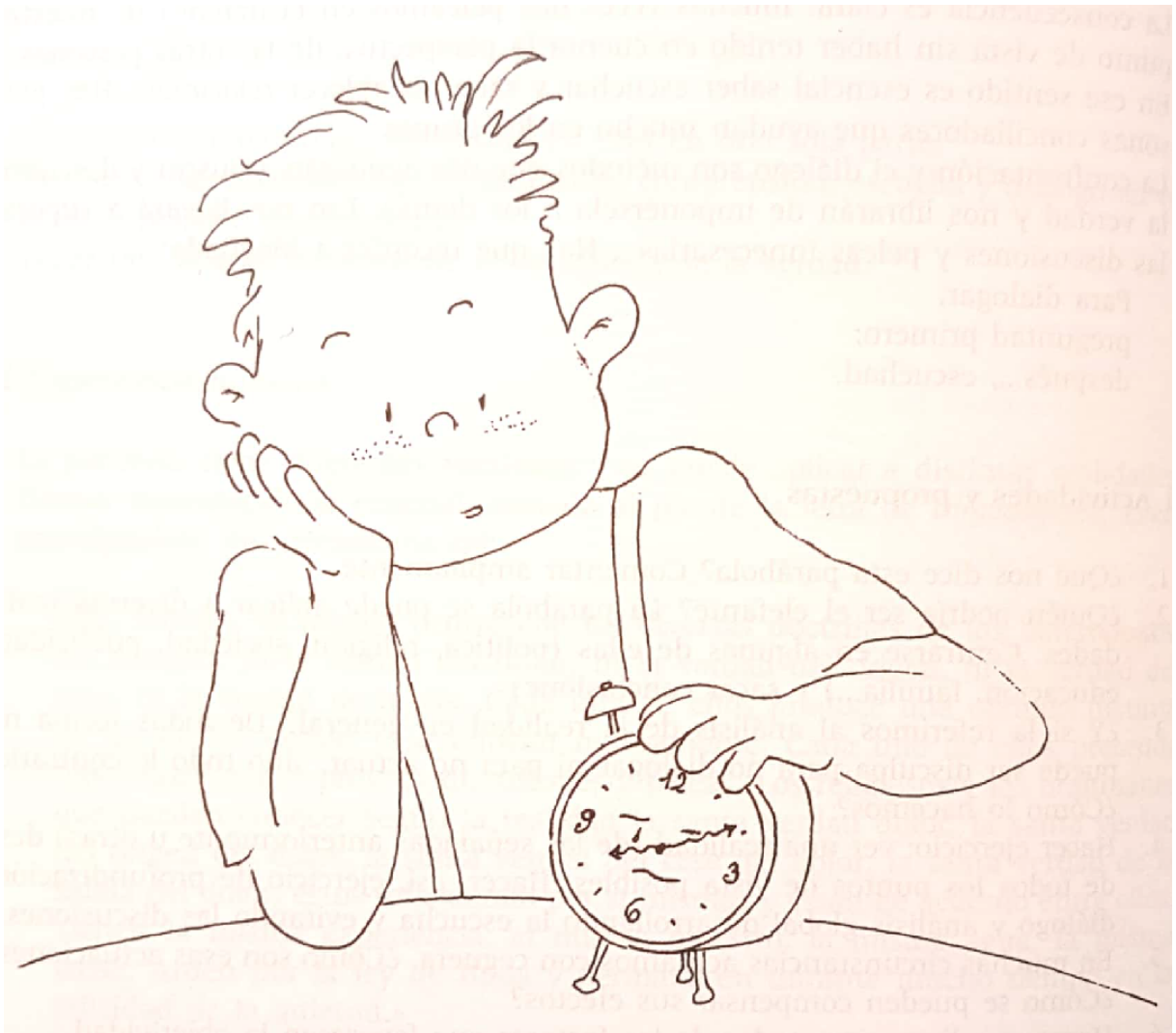


El hombre que todo lo podía



Había una vez un hombre que todo lo podía. Su nombre era simplemente el-hombre-que-todo-lo-podía.

Cierto día, el-hombre-que-todo-lo-podía se cansó del tráfico (*ajetreo, actividad intensa y agitada*) de su metrópoli y buscó lugares solitarios para poder oír el silencio y gozar de la tranquilidad de estar parado. Pasados algunos días, comenzó a reflexionar y con la reflexión vino la turbación. Se dio cuenta de que no estaba parado en absoluto. Se encontraba girando a una velocidad de 1.700 km/h pues ésta es la velocidad con que gira la tierra sobre su eje. Se cansó de la tierra, que lo arrastraba consigo irresistiblemente.

Como era el-hombre-que-todo-lo-podía, resolvió abandonar el suelo terrestre y situarse por encima de él, más allá de la estratosfera, en el tranquilo silencio de su satélite. Corría mucho; pero, al menos, giraba sobre su eje a una velocidad inferior a la de la tierra. Pero cierto día se sobresaltó su corazón. Se percató de que nada había conseguido en su huida. En realidad, estaba girando junto con la tierra y con todos los seres que se hallan bajo su campo de atracción, a 107.000 km por hora alrededor del sol.

Ideó una solución que le iba a garantizar su tranquilidad. Decidió salirse totalmente de la órbita terrestre. Y fijó su morada más allá de la órbita de Júpiter. Allí iba a estar, por fin, libre

de la asfixiante velocidad de la Tierra. Pero al poco tiempo volvió a sentirse súbitamente preocupado. Pese a haberse alejado mucho de la tierra, no había logrado todavía huir del sol. Con el sol y todos los demás planetas del sistema solar, se encontraba girando a 774 000 km por hora en torno al centro de nuestra galaxia.

Como era el-hombre-que-todo-lo-podía, decidió trasladarse fuera de nuestro sistema solar. Buscó otros parajes cósmicos. Se instaló allí, tan lejos y tan tranquilo, que le importaba muy poco saber en qué sistema estaba situado. Por lo menos estaba fuera de las vertiginosas velocidades del sistema solar. Pero cierto día tropezó con un dato que le quitó por completo la tranquilidad que había encontrado. Estaba, efectivamente, girando a una velocidad de locura, 2.172.000 km por hora, acompañando a nuestra galaxia en un viaje en torno al centro de un conjunto de 2.500 galaxias vecinas.

Se enfureció. Intentó todo lo que podía —no olvidemos que se llamaba el-hombre-que-todo-lo-podía—; se puso a andar en sentido inverso al movimiento de la galaxia, despacio, muy despacio. Con relación a la velocidad exorbitante de los demás podía sentirse verdaderamente parado.

Pero cierto día enmudeció aterrorizado e impotente. Se dio cuenta de algo terrible, para su tranquilidad: integrado en el conjunto de todos los cuerpos celestes —tierra, sol, galaxias, conjunto de galaxias— estaba corriendo, o mejor, huyendo, a una velocidad de 579.000 km por hora, de un punto del espacio donde, muy probablemente, todos los cuerpos celestes tuvieron su origen en una gigantesca explosión ocurrida diez mil millones de años antes. El-hombre-que-todo-lo-podía, repentinamente, intuyó que no podía más. Por mas que huyera, no huía lo suficiente. Estaba llevado por algo mayor que él, que lo envolvía. Buscar la tranquilidad significaba perderla.

Y el hombre-que-todo-lo-podía renunció a su nombre y a sus pretensiones. Regresó humildemente a su tierra y, una vez en ella, tornó a su casa. Se sentó tranquilamente en su balcón y aprendió a contemplar con tranquilidad las cosas que, a pesar de las velocidades a que estaban sometidas, no se alborotaban ni se enfurecían, sino que estaban como paradas en su serena tranquilidad y en la tranquila serenidad de una naturaleza muerta.

Aceptar y acoger la velocidad era encontrar la tranquilidad. Era encontrar la gracia de todas las cosas.

Leonardo Boff

Un bello poema de Gloria Fuertes, titulado *Viaje sin llegada*, tiene mucho que ver con esta parábola. Dice así:

La Tierra como león enjaulado
da vueltas alrededor del Sol
con su cadena de hombres.
desde que hemos nacido viajamos
a ciento doce mil kilómetros por hora;
la tierra no se para,
y sigue dando vueltas,
por eso hay tanto viento,
por eso siempre hay olas,
por eso envejecemos tan de prisa.
Por eso estamos locos,
porque toda la vida haciendo un viaje sin llegada
cansa mucho los nervios.

Actividades y propuestas

1. La parábola es sugerente por los datos científicos que refleja y por la búsqueda de sentido que propicia. ¿Qué nos llama la atención al leerla?
2. ¿Quién puede ser «el-hombre-que-todo-lo-podía»? ¿En qué sentido lo puede ser cada uno? ¿En qué sentido puede representar a una colectividad? ¿Puede simbolizar incluso a toda la humanidad?
3. «El-hombre-que-todo-lo-podía», ¿lo podía todo? ¿En qué sentido es cada uno «el-hombre-que-todo-lo-podía»?
4. Concretar hacia dónde huye cada uno: como persona, como estudiante, como casado, como hijo...
5. Ver cómo se instala cada uno en el futuro o en el pasado... sin vivir el presente. ¿Qué tendría que hacer para vivir este presente más allá del «Carpe diem»? ¿Cómo hacerlo?
6. ¿Qué pretensiones tiene cada uno que no le permiten ser él mismo?
7. ¿Qué podía hacer cada uno para recuperar la paz y la tranquilidad? Concretar cómo y cuándo.
8. Aquietar el corazón: mediante algún ejercicio de relajación, contemplar las cosas. Mirar, por ejemplo, un objeto, un lugar, un rincón... durante unos minutos. Centrarse en todos y cada uno de los detalles sin juzgarlos, dejando que nos invadan las sensaciones, contemplando lo que nos llega...
9. Nuestra historia personal es un viaje que forma parte de un viaje colectivo. ¿O estamos perdidos en el universo? ¿Qué conclusiones sacamos de todo esto?
10. ¿Qué pasaría si yo fuera «el hombre-que-todo-lo podía»? Imaginarnos en diversas situaciones: ver cuál será nuestra actuación ...